

Resultados castellanos de «kw» y «gw» latinos.

Aspectos fonéticos y fonológicos

I. EVOLUCIÓN FONÉTICA.

- 1.1. Evolución del grupo *-kwa-* y breve juicio sobre el estado de la cuestión.
- 1.2. Evolución del grupo *-kwa-* según su contexto fónico.
 - 1.2.1. Precedido de vocal.
 - 1.2.2. Precedido de consonante.
 - 1.2.3. Conclusión.
- 1.3. Evolución del grupo *-kw-* en combinación con las restantes vocales.
 - 1.3.1. Precedido de vocal.
 - 1.3.2. Precedido de consonante.
 - 1.3.3. Adjetivos latinos en *-kw-*. Analogías.
 - 1.3.4. Conclusión.
- 1.4. Aplicación a problemas etimológicos.
- 1.5. El grupo *-gw-*.
- 1.6. Evolución del grupo *-gwa-*.
- 1.7. Evolución del grupo *-gw-* en combinación con las restantes vocales.
 - 1.7.1. Precedido de vocal.
 - 1.7.2. Precedido de consonante.
 - 1.7.3. Conclusión.
- 1.8. Examen de conjunto.
- 1.9. Los grupos *kwa-* y *gwa-* iniciales.

2. EVOLUCIÓN FONOLÓGICA.

- 2.1. Caracterización fonológica de *kwa* y *gwa*.
- 2.2. Evolución fonológica de *kwa* y *gwa* ante vocal palatal.

- 2.2.1. Un intento de explicación.
- 2.2.2. Otro intento de explicación.
- 2.2.3. Conclusión.
- 2.3. Caracterización diferencial de la evolución de *kʷ* y *gʷ* ante vocal velar.
 - 2.3.1. Un intento de explicación.
 - 2.3.2. Otro intento de explicación.
 - 2.3.3. Conclusión.

3. CULTISMOS Y CRONOLOGÍA RELATIVA.

- 3.1. Diversidad de *kʷe/kʷi*, *gʷe/gʷi* en los cultismos.
- 3.2. Cronología relativa de la evolución de *kʷe/kʷi*, *gʷe/gʷi*.
- 3.3. Conclusión.

4. CONSIDERACIÓN GENERAL DE LAS EVOLUCIONES Y DE SUS CAUSAS.

- 4.1. Pluralidad de causas.
- 4.2. Conclusiones metodológicas.

I. EVOLUCIÓN FONÉTICA.

I.1. *Evolución fonética del grupo -kʷa- y breve juicio sobre el estado de la cuestión.*

La evolución fonética castellana del grupo *-kʷa-*¹, en interior de palabra, es expuesta así (juntamente con *-gʷa-*) por Menéndez Pidal²:

“La explosiva se trata como intervocálica y se conserva la *u* ante *a*: *aqua* *agua*, *equa* *yegua*, *antiqua* *antigua*, *lingua* *lengua*, *æquale* *igual*. Excepciones: *num(u)quam* *nunca* (ant. *nunqua*), **tor(u)ace* (por *torquatu*) *torcas*.”

¹ Si en *kʷ*, *gʷ* hay, como creo (cfr. 2.1) un solo fonema, entiéndase entonces, al hablar de la pérdida de *ʷ* en romance, que quiero referirme más exactamente a la desaparición del segmento labial de la articulación labiovelar. Del mismo modo que, al mencionar su conservación, se presupone su desarrollo independiente.

² R. MENÉNDEZ PIDAL, *Manual de gramática histórica española*. Madrid, 1947, § 52.

A su vez, García de Diego³ presenta del modo siguiente la evolución del mismo grupo:

“Interior tónico se conserva: a d æ q u a r e *eguar*, æ q u a l e *igual*, o se hace *ca*: t o r q u a t u *torcaz*, *s q u a l e u *escajo*, s q u a m a *escama*.”

A la vista de las anteriores exposiciones, puede formularse que, en el estado actual de la cuestión sobre el grupo *-kwa-* en castellano, las excepciones indicadas por Menéndez Pidal a la ley establecida por él como general, adquieren para García de Diego una neta independencia respecto de aquella ley, hasta el punto de establecerse como una disyuntiva que invalida o, al menos, limita sensiblemente su valor general. Debe añadirse que ambos planteamientos adolecen de cierta deficiencia o parcialidad en cuanto que parecen atender únicamente a la evolución de *w*, siendo así que junto a este fenómeno hay que considerar otro, no menos importante, la evolución de *k*, mal planteada, pues no siempre es intervocálica (véanse los ejemplos aducidos).

Por mi parte, estimo que la falta de regularidad con que, en última instancia, se produce, según los autores citados, la evolución de *-kwa-*, es decir, la existencia reconocida de excepciones sin particular justificación, no responde a la realidad historicolingüística, sino a un planteamiento inicial impreciso: un tanto inexplicablemente, se ha prescindido de la consideración del contexto fónico —como ya he indicado para *k*— al estudiar el desarrollo del grupo en cuestión.

Esta situación no se presenta solamente respecto del castellano y también respecto de las otras modalidades lingüísticas peninsulares, sino de modo general en el ámbito románico. Pues no deja de ser chocante la insuficiencia de pormenores (que no son lo mismo que las particularidades casuísticas de ciertas palabras) con que se aborda el estudio de los grupos *-kw-*, *-gw-* en los tratados de lingüística románica, desde el de Meyer-Lübke, y en los manuales más prestigiosos de fonética histórica de cada lengua particular. Probablemente, pienso yo, por estar bien documentada la generalización de la pérdida de *w* en latín, se ha

³ V. GARCÍA DE DIEGO, *Gramática histórica española*, Madrid, 1961, 139.

creído, con más simplista visión que exacto conocimiento, que podía dejarse de lado su consideración al estudiar la evolución posterior. Es así como ha debido de llegarse a la situación bibliográfica denunciada ⁴.

A subsanar esa omisión en lo que respecta al ámbito castellano se dirigen las observaciones siguientes.

1.2. *Evolución del grupo -kwa- según su contexto fónico.*

1.2.1. *Precedido de vocal.*

En el grupo *-kwa-* precedido de vocal (*V*), que ofrece un material léxico relativamente abundante para su examen, sonoriza *k* y se conserva *w*, independientemente de la posición del grupo respecto de la acentuación de la palabra en que figura.

Casos de *V + kwá* tónico:

æ q u a l e m > *igual*.

æ q u a r e > *eguar*.

a l i q u a n d o o a l i q u a n t u l e > *alquandre*.

a l i q u a n t o s > *alquantos*.

*e x a q u a r e > *enxaguar* (> *enjuagar*).

i n a q u a r e > *enaguar* (como a d a q u a r e > arag. *adaguar*).

Casos de *V + kwá* átono:

a n t i q u a m > *antigua*.

a q u a m > *agua*.

e q u a m > *yegua*.

v a c u a m > *vagua* (cfr. 1.3.3.) ⁵.

Para *legua*, cfr. 1.6.

⁴ Desde el punto de vista de la fonética descriptiva es muy importante para los fenómenos aquí estudiados el artículo de G. STRAKA, *Naissance et disparition des consonnes palatales dans l'évolution du latin au français*, TLL, 1965, III, 1, 117-67. Véase también el artículo del mismo autor citado en la nota 14 y la bibliografía recogida en ambos.

⁵ Como es bien sabido, /u/ seguida de otra vocal se reduce en latín vulgar a [w]. Se alude más adelante a este proceso, por su posible influencia en la transformación de las consonantes velares. Pero la evolución de

1.2.2. *Precedido de consonante.*

En el grupo *-kwa-* precedido de consonante (*C*), *k* permanece inalterada, es decir, no sonoriza, como era de esperar, y *w* desaparece, independientemente de la posición del grupo respecto de la acentuación de la palabra en que figura.

Casos de *C + kwá* tónico:

e c c u (m) h a c > *acá*.

i n q u a n t u m > *encanto* 'venta en subasta' (de inseguro origen cast.).

s q u a l i d u m > *escalio* (comp. con el cultismo *escuálido*).

*s q u a l e u m > *escajo* (comp. con el cultismo *squalium* > *escualo*).

s q u a m a m > *escama*.

t o r q u a t u m > *torcado*.

Casos de *C + kwa* átono:

n u m q u a m > *nunca*.

s q u a l i d a r e > *escaliar, escalar* (cfr. 1.4).

1.2.3. *Conclusión.*

Del material léxico examinado puede, pues, concluirse de un modo general que en el grupo *-kwa-*, *k* sonoriza si va precedida de vocal; no sonoriza si va precedida de consonante. Por su parte, *w* se conserva si el grupo va precedido de vocal; se pierde si va precedido de consonante.

Dicho de otro modo, en el grupo *-kwa-*, precedido de vocal, *k* sonoriza y *w* se conserva; precedido de consonante, *k* se conserva y *w* desaparece.

En ningún caso influye la posición del grupo respecto de la acentuación de la palabra en que se encuentra.

Para algunos casos particulares, cfr. 1.3.3.

kw secundario coincide siempre con la de *kw* primario, por lo que no establezco distinción entre ambos al ordenar el material léxico en que se basa el presente estudio.

1.3. *Evolución del grupo -kw- en combinación con las restantes vocales.*

Escribe Menéndez Pidal:

“Ante o, e, i, la u desaparece en la pronunciación, aunque se conserve en la escritura.”

A su vez, García de Diego afirma:

Q u o “átono perdió el wau”; q u e, q u i “empezó a perder el wau en latín y no tiene éste presencia en romance”.

Según los anteriores testimonios, la situación resulta muy clara respecto de la suerte corrida por *w*: se pierde siempre, seguido de *e*, *i*, *o*. Esto es también lo que ocurre ante *u*, posibilidad que no contemplan los autores citados (cfr. 1.3.3).

Igualmente habría que añadir, como peculiaridad importante, que *w* desaparece ante *i* incluso en voces cultas (cfr. 3.1): *anti-quísimo* (comp. *antig(u)o*, 1.3.3), *coloquio*, *delinquir* (comp. *delincuente*), *equilibrio*, *equinoccio*, *equipar*, *equitativo*, *equivoco*, *equitación*, *exequias*, *exquisito*, *inquilino*, *inquirir*, *iniquidad* (comp. *inic(u)o*, 1.3.3), *líquido* (comp. *delicuescente*, *liquor*, infra), *nequicia*, *obsequio*, *reliquia*, *requisito*, *sesqui-*, *séquito*, *tranquilo*, etcétera, lo que no ocurre ante otras vocales, en la misma clase de palabras: *acueo*, *consecuente*, *delincuente*, *delicuescente*, *ecuestre*, *frecuente*, *licuefacción*, *secuela*, *secuencia*, *secuestro*; *acuosos*, *conspicuo*, *inicuo*, ant. *liquor* (todavía así en el *Dicc. Aut.*, para el que “*licor* es impropiedad”). Pero esta forma ha acabado imponiéndose por influjo de *líquido*, palabra mucho más usual, como del propio *Dicc. Aut.* se desprende), *propincuo*, etc.

In m i s c u e r e (> *inmiscuir*) es formación muy tardía dentro del latín.

Hasta aquí lo referente a la evolución de *w*. Pero también en esta ocasión los testimonios citados pasan por alto la evolución de *k*, que se presenta muy regular. Su comportamiento está en función del contexto fónico y, era presumible, resulta idéntico que en el caso de *-kwa-*, como se verá a continuación.

1.3.1. *Precedido de vocal.*

En el grupo *-kw-* seguido de las vocales *e, i, o, u*, precedido de vocal, *k* sonoriza (y *w* se pierde):

- aliquem > *alguien*.
- aliquid > *algo*.
- antiquum > *antigo* (cfr. 1.3.3).
- aquilam > *águila*.
- aquilegiam > *aguileña*.
- aquileatam > *aguijada*.
- sequeram > *segúia*.
- sequere > *seguir*.
- sequo > *sigo*.
- vacuum > *vago*.

1.3.2. *Precedido de consonante.*

En el grupo *-kw-* seguido de las vocales *e, i, o, u*, precedido de consonante, *k*, se conserva inalterada (y *w* se pierde):

- eccu(m) hic > *aquí*.
- eccu(m) ille > *aquel*.
- longinquum > *lonnínco* (cfr. 1.3.3).
- propinquum > *propínco, promínco* (cfr. 1.3.3).
- quinque > *cinco*.
- quisquiliam > *quisquilla*.
- squillam > *esquila* 'especie de marisco'.

Prescindo de *quĩsque* > *quisque*, que se ajusta a la norma expuesta, porque a lo inseguro de la etimología consignada se añade la posible influencia de *que*.

Cualque, también regular, no puede considerarse palabra autóctona castellana, aunque aparezca usada por algunos autores de esta procedencia (en los que será aragonesismo o italianismo).

1.3.3. *Adjetivos latinos en -kw. Analogías.*

En los adjetivos latinos en *-kw* (al igual que en los terminados por otra consonante cualquiera seguida de *w*, como *congruus*, *continuus*, *perpetuus*, *mortuus*), la evolución fonética normal se ve alterada, como es sabido, por la reacción analógica que trata de borrar la divergencia entre la terminación masculina (*-o*, por pérdida de *w* ante *-u*) y la femenina (*-ua*, por conservación de *w* ante *-a*).

Así, *antigua*, forma normal del femenino, ha prevalecido sobre la forma normal del masculino, *antigo*, ampliamente documentada, que cedió ante la analógica *antiguo* (este caso resulta especialmente notable porque en latín está bien atestiguado *anticus*, incluso *antica*). Por el contrario, *vago* ha originado *vaga*, eliminando *vagua* (Oviedo, 953, *apud* S. García Larragueta, *Colección de documentos de la Catedral de Oviedo*. Oviedo, 1962).

De *propinquus*, además del descendiente puramente culto, *propincuo*, recoge Corominas varios testimonios de *propinco* (y *prominco*), de donde se habrá obtenido el femenino *propinca* 'pariente cercana', que encuentro en la *Suma de los principales mandamientos*, texto morisco de 1462 (publicado en el MHE, 1833, V). *Probinquis* (León, 1052, *apud* R. Menéndez Pidal, *Orígenes del español*) parece conservar, pese a la sonorización de *-p-*, la grafía latina.

Aunque está bien atestiguado *inico* (< *iniquus*), que incluso dio lugar a la formación de *inica(s)* (C. de Virués, *Monserate*, II, 65d), ha prevalecido *inicuo*. Pero su carácter culto (conservación de la consonante sorda y de *ĩ*) hace que, como *propincuo*, no haya de ser considerado necesariamente como forma debida al femenino *inicua*.

Es normal *lonninco* (Aguilar de Campoo, 1219, *apud* R. Menéndez Pidal, *Orígenes del español*), único resto que conozco de *longinquum*.

De *conspicuus*, *innocuus*, *promiscuus* sólo he encontrado el descendiente culto. Lo mismo ocurre prácticamente con *proficuus*, aunque esté documentado mozár. *promicua*.

Semejantes a los citados en los párrafos anteriores, se producen otros diversos casos de analogía, que alteran los resultados normales, especialmente en paradigmas verbales (*sigá*, en vez de **sigua*, por influencia de *sigo*, *sigues*, etc., frente al caso contrario, *enxaguo*, actual *enjuago*, *enxagiues*, etc., por *enxaguar*, *enxaguaba*, etc.). No resulta preciso enumerar toda la posible casuística: sólo apuntaré, como muestra, por su relación con el primero de los adjetivos citados, el caso de *antigüedad*, cuyo *w* debiera haberse perdido normalmente (cfr. I.3.1.).

1.3.4. *Conclusión.*

Se puede, pues, concluir que en los grupos formados por *-kw-* más cualquier vocal salvo *a*, *w* se pierde siempre; y *k* se sonoriza si va precedida de vocal, se conserva inalterada si va precedida de consonante.

La citada pérdida de *w* afecta incluso a los cultismos en la combinación *-kwi-*.

1.4. *Aplicación a problemas etimológicos.*

La constancia y regularidad observadas en las evoluciones establecidas para *-kw-*, permiten, a mi entender, que puedan y deban ser tenidas en consideración a la hora de enfrentarse con los problemas etimológicos planteados por determinadas palabras. Presento, bajo ese ángulo, algunos de ellos, sin extenderme a otros aspectos, que no son del lugar.

A las varias dificultades expuestas por Corominas (*DCELC*, s. v.) contra la inmediata vinculación de *seruga* y sus numerosas variantes (*seluga*, *jaruga*, *ceruga*, etc.) con *siliqua*, étimo propuesto por García de Diego (*DEEH*, s. v.), ha de añadirse ahora una muy clara, la anómala evolución de su última sílaba (cfr. I.2.1.).

La inseguridad suscitada en la etimología de *vaguada* (*DCELC*, s. v.), precisamente por la presencia de *w*, lleva a Corominas, para justificarla, a postular un derivado culto **vacuada*, a partir

del cultismo *vacuo*, o a un cruce de *aguada* con *vega* o, con menos convicción, a un cruce de **vagada* con *agua*. Estimo innecesarias estas suposiciones, a la luz de lo expuesto sobre la evolución de *-kwa-* (cfr. I.2.1). Basta sencillamente partir de *vacuatam* (DEEH, s. v.), cuya normal evolución implica la conservación de *w* y la sonorización de *k*. Con esto sólo quiero señalar, como antes advertí, la congruencia fonética. No entro en la incertidumbre que produce la tardía testificación de la palabra; pero no puedo por menos de decir que no me parece difícil justificar tal tardanza, por su adscripción, en cuanto denominación de un accidente orográfico, al ámbito rural. Del mismo modo, su sinónimo dialectal *bagüera* (Cespedosa de Tormes) puede remontarse sin dificultad a *vacuaria*m (añadiré que *vacuarium* está testimoniado por las *Notae Tironianae*); así tampoco es necesario recurrir a *vago* para explicar la presencia de *-g-*.

Por el contrario, la ausencia de *w* en *peguero* es la causa que me impide aceptar sin reservas su vinculación a *pecuarium* (DEEH, s. v.) y me inclina decididamente a *picariam* (DCELC, s. v. *pez*, II).

En cambio, **exquartiare* (postulado por el italiano) puede sin duda alguna haber originado en castellano *escarçar* (DEEH, s. v.). Si por inconvenientes semánticos no quiere admitirse (DCELC, s. v.) esta etimología, no cabe continuar considerándola dudosa cuando tales inconvenientes no existen, como en el caso de *escarza* 'herida' (*ibid.*).

Duda Corominas (DCELC, s. v. *cuajo*) si relacionar *descuajar* 'roturar' con *squalidare*, de igual significado, derivado de *squalidus*, que a su vez lo es de *squalere*. En cuanto a la continuación peninsular del primero de dichos verbos, puedo aportar un testimonio que creo nuevo: *escalidar* (Aínsa, 1352, *apud* T. Navarro, *Documentos lingüísticos del Alto Aragón*. Syracuse, 1957). Se observa en esta etimología, como en la de toda su familia léxica (*escalio*, *escaliar*, *escajo*, etc. Cfr. I.2.2) la vigencia de *skw a-* > *esca-*, es decir, la solución normal. Por el contrario, el incumplimiento de ella determina que la vinculación, ya considerada hipotética, como queda dicho, por otras razones, de *descuajar* con la forma latina citada haya de juzgarse

más dudosa aún. Esta relación negativa ratifica indirectamente su adscripción a los derivados de *coagulum*, que, según otra ley fonética, conservan *w* de la sílaba inicial ante *á* tónica.

1.5. *El grupo -gw-*.

En cuanto al grupo *-gw-* seguido de cualquier vocal, el material léxico observable resulta muy escaso. Menéndez Pidal se ocupa de él únicamente a propósito de la conservación de *w* en *lingua*. Idéntica información se encuentra en García de Diego, más la de que se pierde en *sanguine*. Trataré de completar estos datos con una nómina más extensa de palabras que permiten observar la evolución de *-gw-*.

1.6. *Evolución del grupo -gwa-*.

De la combinación *-gwa-* no encuentro propiamente ninguna otra palabra susceptible de correcto análisis más que la citada *lingua*. Por su condición de cultismos, no puede recabarse aquí el testimonio de *ambigua*, *contigua*, *exigua*.

De origen no latino cabe citar el gótico *triggwa* > *tregua*, mientras que en *legua*, procedente del céltico *leuca*, no está claro el estadio inmediatamente anterior a la forma castellana.

En el verbo *argüir* < *arguere*, las terminaciones latinas en *-a* siempre ofrecen en castellano la segmentación silábica *gu-ya*⁶; de modo general, la estructura silábica *-gu-* se ha mantenido inalterada en todo el paradigma, ante cualquier vocal, por constituir el segmento final del tema verbal (cfr. 1.7.2).

Por último, en *extinga* < *extingua* la evolución normal ha sido modificada por analogía de otras formas de su paradigma (cfr. 1.7.2).

⁶ Abundantes ejemplos en J. R. CUERVO, *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana*, Bogotá, 1953², II, 608-9, y en F. ROBLES DÉGANO, *Ortología clásica de la lengua castellana*, Madrid, 1905, 255.

Pese a la parquedad del material examinado, puede afirmarse, en conclusión, que el grupo *-gwa-* se mantiene inalterado, esto es, conserva sus componentes.

1.7. *Evolución del grupo -gw- en combinación con las restantes vocales.*

Del grupo *-gw-* en combinación con las vocales *e, i, o, u* no encuentro ninguna noticia, aunque resulta superior, respecto de *-gwa-*, la nómina de palabras que pueden aportarse para estudiar su evolución. Conviene dividir las según la condición vocálica o consonántica del precedente textual del grupo, si bien las dos series resultantes se presentan muy desiguales numéricamente.

1.7.1. *Precedido de vocal.*

Encuentro el grupo únicamente en *ambiguus, contiguous, exiguus*, que sólo subsisten, con la excepción que enseguida consignaré, en formas cultas; por tanto, con conservación de *w*: *ambiguo, contiguo, exiguo*. De ahí su presencia también en *ambigüedad, contigüidad, exigüidad*, especialmente notable en estas dos últimas palabras por ir seguido de *i* (cfr. 1.7.2).

Sin embargo, la existencia de algún testimonio de *ambigo* (B. de Balbuena, *Bernardo*, XXII, 35g) indica la tendencia espontánea a la pérdida de *w*.

1.7.2. *Precedido de consonante.*

De esta combinación existe un material relativamente abundante para la observación. Debe notarse que la consonante precedente es siempre *n* (excepto en el caso de *arguo*, verbo de incierto origen en latín):

anguillam > *anguila*.

inguen > *ingle*.

languorem > *langor* (comp. con el cultismo *congruo*).

pingue > p(r)ingue (comp. con el cultismo pingüe
< pinguem 'gordo').

sanguinem > sangre (comp. con el cultismo exangüe
< exsanguem).

sanguisugiam > sanguijuela.

Se deduce, pues, claramente, que *w* desaparece siempre y *g* se conserva. Además, al igual que en el caso de *-kwi-* (cfr. 1.3), la combinación *-gwi-* pierde *w* incluso en voces cultas: *extinguir*, *inguinal*, *lánguido*, *sanguíneo*, *sanguinolento*, etc., lo que no ocurre ante otras vocales: *exangüe*, *pingüe*, *ungüento*; *ambiguo*, *congruo*, *exiguo*, etc.

Como en el caso de *-a* (cfr. 1.6), el verbo *argüir* mantiene *-gu-* en todas las formas de la conjugación; aunque por razones extrínsecas al paradigma (influencia de *huir*), ese segmento va siempre seguido de los sonidos *i*, *i*, y únicamente.

En el verbo *extinguir*, la pérdida de *w* en las formas con *i* (*extinguir*, *extinguiste*, etc.) se ha propagado a las restantes: *extingo*, *extingues*, *extinga*, de modo que aquél está ausente de todo el paradigma, pese a la condición culta del verbo.

1.7.3. Conclusión.

Se puede, pues, concluir que en los grupos formados por *-gw-* más cualquier vocal salvo *a*, siempre se pierde *w* y se conserva *g*.

La citada pérdida de *w* afecta incluso a los cultismos en la combinación *-gwi-*.

1.8. Examen de conjunto.

Todas las evoluciones estudiadas en los puntos anteriores pueden resumirse en este cuadro global:

	Precedido de	
	Vocal	Consonante
[kwa] >	[gwa] (A 1)	[ka] (A 2)
[kwe, -i, -o, -u] >	[ge, -i, -o, -u] (A' 1)	[ke, -i, -o, -u] (A' 2)
[gwa] >	[gwa] (B 1)	[gwa] (B 2)
[gwe, -i, -o, -u] >	[ge, -i, -o, -u] (B' 1)	[ge, -i, -o, -u] (B' 2)

Salta a la vista, dentro del conjunto expuesto, la irregularidad de la solución *A 2* en cuanto a la evolución de *w*. El hecho de que de los cuatro casos en que va seguido de *a*, sólo en el citado desaparezca ⁷, constituye un argumento a favor de que su conservación se da en presencia de dicha vocal, puesto que se pierde siempre que aquélla no figura como vocal silábica. Hay que descartar los otros factores posibles del condicionamiento, ya que no está en función de la consonante inicial (*k*, *g*) del grupo (en efecto, *A' 1* se comporta como *B' 1* y diversamente de *A 1*) ni de la naturaleza (vocálica o consonántica) del elemento precedente (*A' 2* se comporta como *A' 1* y diversamente de *B 2*).

Por otra parte, la pérdida de *w* en el caso citado, al excluir el presumible paralelismo con *-gwa-* postconsonántico implica otra falta de uniformidad.

A simple vista no se encuentran razones que justifiquen o expliquen el resultado [ka] < *C* + *kwa*, en vez del previsible [kwa]. Ahora bien, no faltan pruebas de la conservación tardía de *w* en alguna palabra, como es el caso de *numquam*, a propósito de la cual escribe Corominas (*DCELC*, ad., s. v. *no*): “Aunque muy rara, la variante *nuncua* debió de existir, pues así pronuncian hoy los judíos de Marruecos”. A la luz de este dato, hay que preguntarse si es posible seguir considerando la forma *nunqua*, predominante en la edad media, como una grafía lati-

⁷ Debe hacerse la salvedad de que el material léxico justificativo de *B 1* está constituido únicamente por voces cultas.

nizante. Estimo que no y que la posterior reducción de *w* pudo producirse por la influencia de *ca < q u a m*.

El tratarse de sílaba átona (que equipararía esta solución con la de *qua-* inicial átona) no me parece que constituya una explicación satisfactoria de la pérdida, aunque precisamente a propósito de *nunca* afirma Lausberg⁸ que muestra en español “la reducción a *k* que ocurre en la sílaba átona”. Pues, aun prescindiendo de la parcial conservación de *w*, como acaba de documentarse, a través de la historia de *nunc(u)a*, sucede que *w* se pierde igualmente, de modo regular, en sílaba tónica: *s q u a m a m > escama* (cfr. 1.2.2.).

La información suministrada por la insegura evolución de *n u m q u a m* encierra, a mi juicio, un gran interés, pues refleja probablemente las vacilaciones del grupo estudiado, que debió de estar sometido a dos tendencias contradictorias. Así lo veo yo, como trataré de explicar.

Existía, por una parte, una fuerza centrípeta hacia la conservación de *w* en busca de la igualación integradora dentro del microsistema. Pero actuaba también otra fuerza, de acción centrífuga respecto de aquél: el hecho de ir la consonante precedida de otra consonante, ya que tras cualquier segmento fónico de esa constitución, independientemente de los timbres de ambas consonantes, se produce en latín la pérdida de *w*. A este propósito cita Lausberg⁹ los casos de *b a t t (u) o*, *m o r t (u) u m*, *q u a t t (u) o r*, *f e b r (u) a r i u m*, *c o n s (u) o* (el fenómeno queda ratificado —me permito añadir— por ultracorrecciones como *m o n s t r u u m* en vez de *m o n s t r u m*).

No cabe duda de que ha sido la citada tendencia a la eliminación de *w* en el contexto descrito, la que ha originado también

⁸ H. LAUSBERG, *Lingüística románica*, Madrid, 1965, I, § 485. Esta obra proporciona la información más completa que conozco sobre el objeto del presente estudio, en el aspecto de fonética histórica.

⁹ H. LAUSBERG, *Lingüística ...*, § 251. Pero también fuera de los condicionamientos apuntados se produce la pérdida de *w*, en número suficiente de casos como para no atribuirlo a causas particulares: *duodecim > doce*, *ianuarium > enero* (pero conservado en francés *janvier*).

la evolución $C + kwa > [ka]$. La posición del grupo respecto del acento, repito, no resulta diferencial.

En contraste con lo expuesto, para el caso de $lingua > lengua$ se da en castellano la conservación de w ; pero los resultados románicos están divididos entre conservación y pérdida. Lástima que la parquedad del material léxico observable para $C + gwa$, reducido prácticamente a la palabra citada (cfr. 1.6), impida una consideración pormenorizada.

1.9. *Los grupos kw- y gw- iniciales.*

No me ocuparé expresamente de la evolución de $kw-$ y $gw-$ iniciales porque está bien tratada en los manuales y nada nuevo podría añadir. Su comportamiento resulta análogo a todos los efectos, al de posición interior de palabra. Aunque, claro está, en dicha posición disminuye el número de variedades contextuales y, con ellas, la diversidad de resultados.

La única diferencia respecto de los casos examinados hasta aquí radica en que la situación en relación con el acento resulta discriminatoria en el caso de a . De modo que, como se sabe, $[kwá-] > [kwá-]$, mientras $[kwa-] > [ka-]$.

La excepcionalidad de $[kwó-] > [kwó-]$, a propósito del resultado castellano de $quómodo > como$, *cuemo*, puesto que w desaparece en latín y, de modo general, en romance, se acrecienta ahora al considerarla en relación con el conjunto de variedades contextuales de $kw(o)$. Esto no hace más que ratificar la tesis, sólidamente probada, de Corominas (*DCELC*, s. v. *como*), que rechaza la supuesta conservación de $kwó-$. A su favor, pues sólo se aduce *como*, puede añadirse $quótam > cota$.

2. EVOLUCIÓN FONOLÓGICA.

2.1. *Caracterización fonológica de kw y gw.*

No me voy a ocupar específicamente de la caracterización fonológica de kw y gw en latín, por considerar tal cuestión ajena a mi competencia. Pero sí aprovecharé con ese fin algunos as-

pectos de este estudio que permiten, en mi opinión, examinarla desde nuevos enfoques, como más adelante se verá (cfr. 2.2.3).

La condición difonemática de aquellas combinaciones ha sido defendida por H. H. Janssen (*Qu et gu en latin*, en *Hommages à M. Niedermann*, Bruselas, 1956, 184-90), pero las objeciones en contra son graves. Para una exposición de conjunto sobre la cuestión, cfr. S. Mariner, *Fonemática latina* (en M. Bassols, *Fonética latina*, Madrid, 1967, 257n). Desde el punto de vista del castellano, es muy conveniente la lectura de E. Alarcos, *Fonología española* (Madrid, 1965⁴, 229n) y M. Alvar y S. Mariner, *Latinismos* (en *ELH*, 1967, II, 15228).

Por mi parte, como ya anticipé, a la vista de las razones que se han aducido, estimo que se trata, en cada caso, de un solo fonema. Y me permito señalar a los latinistas si en observaciones como *uacua non uaqua*, *uacui non uaqui*, *exequae non execiae*, *equus non ecus*, *coqus non cocus*, etc., del *Appendix Probi*, no habrá motivo para pensar que se está apuntando a /kw/ frente a /k/ + /w/.

2.2. Evolución fonológica de kw y gw ante vocal palatal.

A diferencia de lo que ocurre en el campo de la fonética histórica (cfr. I.I.), la fonología diacrónica ha prestado reiterada atención a la evolución de *-kw-* (y *-gw-*), por el hecho de que al ser ésta observada conjuntamente con la evolución de los sonidos próximos, lleva a concluir que en la zona velar la modificación de una unidad está ocasionada por la de otra, y así sucesivamente. De modo que parece haberse producido una verdadera reacción en cadena. Es decir, la evolución fonética de las consonantes velares puede ser explicada —o, al menos, expuesta— de modo fonológico, en cuanto que sus presupuestos descansan sobre la estructura del sistema. De ahí que se considere un proceso ejemplar para mostrar la validez diacrónica de los métodos estructurales¹⁰. Debe advertirse que las explicaciones formuladas atienden únicamente a las vocales palatales.

¹⁰ De modo muy sucinto, con referencia románica general, está ex-

No voy a repetir, innecesariamente, lo ya establecido por mis predecesores de modo muy brillante, pero sí quiero sacar algunas consecuencias del desarrollo fonético castellano antes examinado, mediante su consideración fonológica.

2.2.1. *Un intento de explicación.*

La pérdida de *w* en /kwe/, /kwi/ obtiene una explicación estructural si se supone que dichas combinaciones han pasado a ocupar la casilla abandonada por [ke], [ki] al palatalizarse [k] en contacto con las vocales de la serie anterior. Expuesto esquemáticamente:

Esquema 1:

$$\begin{array}{l} /k(i)^1/ \rightarrow /c(i)/ \\ /kw(i)/ \rightarrow /k(i)^2/ \end{array}$$

La palatalización de [k] (y de [g]) como causa desencadenante del proceso que ocasiona la pérdida de *w*, alcanza una confirmación en el distinto resultado que ofrecen los cultismos con /kw/ (o /gw/) en su étimo, según que su vocal silábica sea /e/ o /i/ (cfr. 3.3) y en la diferente evolución de *k*¹ y *k*² (cfr. 2.2.3).

La evolución reflejada en el esquema 1 podría estimarse como prueba, junto con las demás ya aducidas, de que /kw/ era un fonema y uno sólo, distinto de /k/, y no una secuencia de /k/ + /w/. Pues en este caso, al modificarse [k], en los contextos citados, es decir, al no realizarse ya como velar, resultaba redundante el rasgo de labialidad que, frente al sonido puramente velar,

puesto por A. MARTINET, *Où en est la phonologie?* *Lingua* [1948], 1, 55, y en otros estudios del mismo autor: en el prólogo a la obra de Haudricourt y Juilland que enseguida se cita, y en *Function, structure and sound change*, *Word*, 1952, 8, 11-2. Una formulación más amplia en *Économie des changements phonétiques*, Berna, 1955, 60-2.

Para el francés, puede verse A. G. HAUDRICOURT et A. G. JUILLAND, *Essai pour une histoire structurale du phonétisme français*, París, 1949, 86-9. Para el castellano, una exposición muy matizada de E. ALARCOS, *Fonología española*, Madrid, 1965⁴, 235-8.

caracterizaba a /kw/. De modo que dicho rasgo acabó desapareciendo.

En cambio, de haberse tratado en ambos casos del mismo fonema /k/, no se encuentra razón para la pérdida de *w*, si es válida la explicación en cadena propuesta. Mejor dicho, se invalida dicha explicación.

2.2.3. Otro intento de explicación.

Pero la dirección del proceso evolutivo ha podido ser otra de la arriba descrita¹¹: la reducción del hiato en /kuí/, a causa del desarrollo del acento intensivo en la época imperial latina, ocasionaría su conversión en /kwi/, produciendo la identificación con el anterior /kwi/, el cual, para poder conservar la diferenciación fonológica, obligaría a desplazarse a /ki/, cuyo puesto, abandonado, vendría a ocupar. De modo esquemático se representaría así todo el proceso:

Esquema 2:

$$[ku(i)] > [kw(i)^2]$$

$$/kw(i)^1/ \rightarrow /k(i)^2/$$

$$/k(i)^1/ \rightarrow /c(i)/$$

En una evolución inmediatamente posterior, /kw²/ y /kw¹/ se han identificado, pues ambos coinciden en [k]. En efecto, *aquí* < *eccu(m) hic* (cuya [k] proviene de *kuí* a través de *kwi*²) coincide con *quisquilla* < *quisquilia m* (cuya [k] proviene de *kwi*¹). Luego, a juzgar por esta circunstancia, parece desprenderse que /k/ era igual en la antigua combinación *kw* que en *kwi* < *ku(i)*, es decir, que no habría /kw/, fonema único, distinto de /k/.

Ahora bien, el esquema anterior, inspirado en ideas de Mar-

¹¹ Como tal alternativa la ofrece Martinet en la segunda referencia bibliográfica de él citada en la nota precedente; y es fundamentalmente la que expone Alarcos para el castellano.

tinnet, necesita, a mi entender, cierta matización en determinado punto para que pueda considerársele válido. Si $k\omega^2$ y $k\omega^1$ se hubieran identificado plenamente en cuanto se produjo la resolución del hiato $kuí > kwi$, carecería de sentido suponer que $k\omega^1$ presionó sobre /ki/ para desplazarlo, ocupar su puesto y evitar la identificación con el reciente $k\omega^2$, punto de partida necesario para que se desarrollase el proceso descrito. Con el fin de salvar, pues, la validez del proceso representado en el esquema 2, se impone, a mi entender, introducir una consideración no tenida en cuenta: la de una diferenciación inicial, mínima, entre $k\omega^1$ y $k\omega^2$. Tan pequeña que resultaba incómoda, difícil de mantener o insuficiente, por lo que obligó, en efecto, al desplazamiento de /kw¹/ hasta /ki/ (aunque en este último grado, como ya quedó dicho, iba a acabar confundiéndose definitivamente con $k\omega^2$, de modo que la diferenciación no triunfó, por la razón que más adelante expongo).

Si bien la segunda hipótesis (esquema 2) cuenta para Martinet con pronunciamientos muy favorables, él mismo apunta la duda¹² de que la oposición entre /kuí/ y /kwi/ gozase de un rendimiento funcional tan elevado como para provocar, ante las amenazas de desaparición, el desplazamiento de /kwi/ hasta /ki/. En efecto, el propio Martinet recuerda la existencia en áreas románicas (“en Gaule du nord et ailleurs”) en que se han confundido ambos. Esto es también, puede ahora añadirse, lo que ha sucedido en castellano en un segundo momento.

Pero tal confusión o identificación no constituye, a mi parecer, motivo suficiente para rechazar la verosimilitud del proceso tal como ha sido descrito o para dudar de él. Si bien entonces debe admitirse, como he propuesto, una mínima, insuficiente diferenciación inicial que provocó el desplazamiento de $k\omega^1$ —y con él todo el corrimiento del sistema velar—, aunque el resultado que alcanzó, /k/, fuera también, a continuación, logrado por $k\omega^2$, probablemente debido a una razón de economía semejante a la apuntada por Martinet. Es decir, que la oposición entre /k/ y

¹² En su última formulación de esta cuestión, expresamente indica Martinet, *Économie* ..., 60, la inseguridad existente para determinar la dirección del proceso: “... la difficulté qu'on peut trouver à décider per quel bout de la chaîne un changement a commencé”.

/kw/ (y entre /g/ y /gw/), aislada dentro del sistema latino, se desfonologizó por no poderse mantener la escasa diferencia que separaba sus miembros. Ahora bien, esto es una hipótesis que, en mi opinión, no puede demostrarse, por falta de pruebas; pero que los hechos recomiendan, mientras no se halle otra explicación más satisfactoria.

La validez de la segunda hipótesis formulada para explicar la evolución de las velares, precisa la aceptación de una diferenciación fónica inicial entre $k w^1$ y $k w^2$. Esta circunstancia constituye un dato favorable para admitir la existencia de dos fonemas distintos, /k/ y /kw/.

2.2.3. Conclusión.

El proceso de variación de las consonantes velares latinas al pasar al castellano resulta favorable —tanto si se explica según la dirección reflejada en el esquema 1 como si se prefiere la del esquema 2— a la consideración de /kw/ y /gw/ como verdaderos fonemas simples, distintos de /k/ y /g/, respectivamente.

Otra conclusión, más firme que la anterior, se desprende de los procesos recogidos en los esquemas 1 y 2. Obsérvese que en la evolución fonética posterior, la de k^2 (<kw) fue distinta de la de k^1 , pues mientras que ésta avanzó hacia la zona palatal (con ulteriores corrimientos, que no son del caso, en castellano y en otros romances), k^2 , pese a su contacto con vocales palatales, se mantuvo (independientemente de la sonorización o no sonorización, según el contexto) en el orden velar. Compárese *salice* > *salze* con *aliquem* > *alguen*. Ante este hecho diferencial, podría pensarse que la articulación que adquirió /kw/, al ocupar la casilla abandonada por /k/, no llegó a coincidir exactamente con la articulación que ésta poseía (la que originó su palatalización). Pero no me parece necesario ni conveniente admitir nuevos supuestos alófonos. Más correcto metodológicamente es suponer que cuando /kw/ > /k/, ya no tenía vigencia la tendencia a la palatalización de [k] primaria. Por tanto, puede deducirse que aquel fenómeno es tardío respecto de este último y

así puede establecerse una cronología relativa entre ambos: [kw] > [k] es posterior a [k] > [c].

Todo lo anterior constituye un argumento a favor de la verosimilitud histórica del proceso reflejado en el esquema 1, es decir, que la motivación inicial de los cambios estudiados radica en la palatalización de las consonantes velares ante vocales palatales.

2.3. Caracterización diferencial de la evolución de kw y gw ante vocal velar.

La atención prestada por la fonología diacrónica a la evolución de las consonantes velares ante vocales palatales no tiene correspondencia en el estudio de las mismas consonantes cuando forman sílaba con las vocales velares, aspecto que, pese a su vinculación con el anterior, parece haber sido totalmente olvidado.

El resultado castellano de las últimas combinaciones citadas resulta regular y uniforme, según quedó expuesto: pérdida del elemento labial (en esto y sólo en esto coinciden con el resultado de *kwe* y *gwe*, *kwi* y *gwi*) y tratamiento de la consonante velar del mismo modo que [k] y [g] se comportan, respectivamente, en cualquier otro contexto en que la vocal silábica sea también velar. Es decir, con dicha serie vocálica, la evolución de /kw/ es la misma que la de /k/; la de /gw/ la misma que la de /g/, en igualdad contextual. De modo esquemático:

Esquema 3:

$$\begin{array}{l} /V + kw(o)/ \rightarrow /V + k(o)^2/ \\ > [V + g(o)] \\ /V + k(o)^1/ \end{array}$$

Análogamente, en el caso de ir precedido por consonante el grupo ejemplificado, se llegaría al resultado común de [C + k(o)]. Por lo mismo, cualquier combinación con [g] dará siempre /g/.

El proceso expuesto presenta una considerable diversidad respecto del examinado a propósito de *kwe*, *gwe*, puesto que en estas

últimas agrupaciones las consonantes no evolucionan como [k] y [g] originarias y sí lo hacen así *kwo* y *gwo*. En efecto, *alguien* < *aliquem* difiere de *pazes* < *paces*, mientras que *algo* < *aliquod* se identifica con *pago* < *paco*.

2.3.1. *Un intento de explicación.*

Se deduce, pues, que, como es obvio, la evolución [kwo] > [ko] no puede explicarse, paralelamente a lo expuesto en el esquema 1, por la redundancia de *w* a causa de un hipotético desplazamiento previo del antiguo /ko/: tal desplazamiento, es decir, la palatalización de *k* no se ha producido ni podía esperarse que sucediera tal fenómeno, por falta de toda predisposición articulatoria para ello. De modo esquemático:

Esquema 4:

$$\begin{aligned} & /k(o)^1/ \rightarrow /c(o)/ \\ & /kw(o)/ \rightarrow /k(o)^2/ \end{aligned}$$

Como /k(o)/ no se ha palatalizado, /kw(o)/ debía mantener su rasgo labial si se quería conservar la diferencia entre ambos. De hecho, en la evolución del castellano se ha perdido *w* y así se ha llegado a la absoluta identidad entre los dos. Pero el proceso evolutivo propuesto no es capaz de dar la razón de la pérdida. Dicho con más exactitud, el proceso formulado para explicar la evolución en el caso de las vocales palatales, carece de viabilidad en el caso de las vocales velares.

2.3.2. *Otro intento de explicación.*

Desechado el anterior, hay que ensayar ahora el proceso construido para las vocales palatales en el esquema 2, que aplicado a las velares podría representarse así:

Esquema 5:

$$[ku(o)] > [kw(o)^2]$$

$$/kw(o)^1/ \rightarrow /k(o)^2/$$

$$/k(o)^1/ \quad /c(o)/$$

Lo mismo que en combinación con las vocales palatales, aquí han acabado confundiéndose —aunque hubiera una diferenciación inicial como la supuesta en el caso de sílaba formada con aquellas vocales— *kwo*¹ y *kwo*². Pero existe un importante hecho diferencial respecto de aquel proceso, que constituye el rasgo característico de éste: no sólo se han confundido entre sí, sino que se igualan con */ko*¹/, puesto que, como quedó reflejado en el esquema 3, *kwo* evolucionó del mismo modo que *ko*.

Ahora bien, no resulta lógico ni probable que para evitar la identificación de */kwo*¹/ y */kwo*²/, oposición de escasísimo rendimiento funcional, se produjera la de */kwo*¹/ (y luego */kwo*²/) con */ko*/, oposición de mucho mayor rendimiento. Con otras palabras: no se ve razón suficiente para que */kwo*¹/ se confundiera con */ko*/, lo cual deja sin explicación la pérdida de *w*.

Tampoco parece, pues, que el segundo proceso propuesto anteriormente para las consonantes velares combinadas con las vocales palatales, encuentre aplicación a las mismas consonantes combinadas con las vocales velares, es decir, que resulte válido para explicar su evolución fonética.

2.3.3. *Conclusión.*

La consideración de los anteriores fenómenos muestra o, mejor, confirma, que *w* también se pierde en la evolución de las consonantes velares seguidas de las vocales del mismo orden. Pero, a la vez, que la causa no se encuentra en un corrimiento —sea en la dirección que sea— del sistema. Al menos, no radica en un corrimiento paralelo a los supuestos a propósito de las vocales palatales con resultados convincentes.

Al no poder, pues, presentar ni como hipotéticos tales proce-

sos (esquemas 4 y 5), carecería totalmente de sentido plantearse en función de ellos —como se hizo en el caso de las vocales palatales— la caracterización fonológica de *kw* y *gw*.

3. CULTISMOS Y CRONOLOGÍA RELATIVA.

3.1. *Diversidad de kwe/kwi, gwe/gwi en los cultismos.*

A la vista de los resultados divergentes que presentan los cultismos de étimo con *kwe/kwi*, por una parte, y *gwe/gwi*, por otra, cabe precisar algunas afirmaciones del valioso estudio, antes citado, sobre los latinismos del español, debido a Alvar y Mariner, quienes a propósito de la adaptación de tales voces escriben:

“La deslabialización de *gu* y *qu* ante *e*, *i* (no ante *a*, cfr. *cuestor*) es también un hecho corriente (cfr. *sanguinolento*, *inquilino*, pronunciados sin *u*). Es curioso que el mantenimiento suele darse sólo en términos relacionados con otros castellanos, cultos o no, en los cuales la *u* se hace presente por no ir ante *e* ni *i*: *antigüedad* (cfr. *antiguo*), *contigüidad*, *exigüidad* (cfr. *contiguo*, *exiguo*); también aquí, como en el caso de los superlativos citados, la influencia puede, pues, haber sido más bien del término ya romanizado que del latino, según puede observarse a partir del par *iniquidad-inicuo* y análogos, que justamente parecen más próximos al latín que *antigüedad-antiguo* (semicultismos porque han sonorizado la intervocálica)” (13).

Ahora, tras el examen del material léxico aportado por mí en los puntos anteriores (Alvar y Mariner no citan, para ejemplificar su doctrina, ningún caso de latinismo en que *-que-* > [ke], *-gue-* > [ge]), queda establecido con seguridad que la pérdida del segmento labial se produce siempre en los casos de *-kwi-*, *-gwi-*, no en los de *-kwe-*, *-gwe-* (cfr. 1.3).

Por tanto, para los cultismos en *-güe-* no es necesario recurrir, como proceden los mencionados tratadistas, a influencia alguna, pues precisamente la norma consiste en la conservación de esa combinación silábica. Según este criterio, en el caso de *antigüedad* no resulta oportuno invocar la influencia de *antiguo* (por

otra parte, no comparto la creencia en el carácter semiculto de esta palabra, cfr. 1.3.3). Más aún, hay cultismos como *exangüe* y *pingüe* cuyo *w* no sólo se conserva sin influencia exterior, sino que la posible influencia (desde *sangre* y *p(r)ingue*, respectivamente) actuaría, como es obvio, en sentido opuesto.

Claro está que, dentro de una familia léxica, la variedad de los contextos fónicos etimológicos; las distintas vías y épocas de transmisión, etc., han podido ocasionar divergencias entre sus miembros. Si, para salvarlas, actúa la analogía, los fenómenos de inducción léxica desencadenados perturbarán, sin duda, la regularidad antes afirmada.

Así, la excepcionalidad de *contigüidad*, *exigüidad*, se justifica, como Alvar y Mariner indican, por la influencia de *contiguo*, *exiguo*. No acierto a entender, en cambio, la referencia que apuntan a la pareja *iniquidad-inicuo*, pues sus dos miembros se mantienen diferenciados. En el primero de tales vocablos, la evolución, en lo que aquí atañe, resulta completamente normal, pues *w* se pierde siempre ante *i*, incluso, valga reiterarlo, en los cultismos. En *inicuo*, la conservación (como en *acuoso*, por ejemplo) de dicho sonido se debe al carácter culto de la palabra, sin que sea preciso recurrir, por esa misma circunstancia, aunque tampoco pueda rechazarse, a la acción analogizante de la forma femenina, *inicua* (cfr. 1.3.3). Sin duda alguna es posible que, del mismo modo que *contiguo* ha determinado *contigüidad*; *exiguo*, *exigüidad*, etc., *inicuo* pueda dar lugar a la aparición de **inicuidad*. Pero esto no ha ocurrido todavía al nivel de la lengua. Aunque resulta probable que dicha variante se haya producido alguna vez en la realidad del habla. En este sentido estimo que ha de interpretarse la siguiente observación de un novelista¹³ atento al coloquialismo popular madrileño de los años veinte. Perora un obrero: "Es muy difícil eso de hablar de *revendicaciones* y de partidos y de vergüenza y de libertad y de no permitir iniquidades (Fidel se felicita de haber pronunciado irreprochablemente esa palabra)".

Por mi parte, he citado (cfr. 1.7.2) un caso muy claro del alcance de la analogía: al tratarse de un cultismo, el paradigma cas-

¹³ M. AUB, *La calle de Valverde*, México, 1961, 259.

tellano de *extinguer* e debía conservar *w*. Sin embargo, no ocurre así; la causa de la anomalía radica en la presión de las formas que presentan *-g u i-*, a las que afecta, como es normal, la pérdida de *w*.

3.2. *Cronología relativa de la evolución de kwe/kwi, gwe/gwi en los cultismos.*

La discrepancia de resultados de *kwi* respecto de *kwe* (podría añadirse *kwo*, pero no afecta a la cuestión presente), por una parte, y paralelamente de *gwi* respecto de *gwe*, por otra, en los cultismos, permite deducir una consecuencia, no observada, que yo sepa, sobre la cronología relativa de la evolución entre los dos miembros de cada una de ambas series. A la vez que constituye una prueba de la verosimilitud del proceso histórico expuesto en 2.2.1. Trataré de explicar ambos asertos.

Puesto que en el caso de *i* el elemento labial *w* no ha pasado al castellano, ni en voces cultas ni en voces populares, a diferencia de lo que ocurre en el caso de *e*, ha de pensarse que su pérdida o al menos su omisión generalizada se produjo más temprano. Es decir, que en el timbre de la vocal silábica parece encerrarse la clave de la diversidad cronológica. Esto lleva inmediatamente a preguntarse si hay alguna razón para que la presencia de una *i* ocasione con anterioridad, respecto de la presencia de una *e*, la pérdida del segmento labial en los grupos formados con *kwe*, *gwe*. No parece difícil obtener una respuesta al anterior interrogante, pero su resolución exige volver a considerar el proceso de palatalización de las consonantes velares.

De las sílabas [ki], [ke] (y [gi], [ge]), la primera resulta más propensa que la segunda, como es obvio, a la palatalización de su consonante, a causa de la naturaleza articulatoria de su vocal, puesto que la localización de /i/ obliga más que la localización de /e/ a adelantar la articulación de /k/. A favor de la prioridad de palatalización de [ki] respecto de [ke] habrá contribuido también la verificación, más temprana aún, del mismo fenómeno en [kj], es decir, en los casos en que yendo /k/ seguida de un grupo vocálico constituido originariamente por /i/ o /e/

en hiato con otra vocal, el hiato se redujo a diptongo. Puede, pues, asegurarse con fundamento que el proceso de palatalización [k] > [c] se produjo en [ki] antes que en [ke]. Recuértese, en este orden de cosas, que en dalmático palatalizan *ki*, *gi* y no *ke*, *ge*.

Conocida esta diversidad cronológica, se comprende enseguida que *w* desaparezca en *wi* antes que en *we*. Recuértese que la pérdida de *w* en ambas combinaciones se atribuye a haber resultado su presencia rasgo redundante para diferenciar, como inicialmente hacía, /k/ y /kw/, puesto que al palatalizarse /k/ quedaba establecida una neta diferencia entre *orden palatal* / *orden velar*. Sobre este supuesto, resulta evidente que, por ocurrir la modificación palatal en /ki/ antes que en /ke/, pudo /kwi/ reducirse antes que /kwe/ y así debió de suceder. Dicho de otro modo: en un momento en que, combinado con la vocal silábica /i/, el rasgo labial *w* era ya superfluo para la diferenciación de las consonantes —pues éstas pertenecían a dos órdenes articulatorios bien caracterizados—, en combinación con /e/ seguía siendo necesaria la presencia de aquel rasgo diferencial, ya que en tal contexto no se había producido aún la neta diversidad articulatoria de las consonantes.

3.3. *Conclusión.*

El razonamiento anterior permite establecer con firmeza una correlación entre dos fases de pérdida de *w* y otras dos fases de palatalización de *k*. La existencia de un fenómeno de esa índole viene a confirmar más decididamente la verosimilitud histórica del proceso expuesto en 2.2.1. El esquema 1, allí utilizado, se puede enriquecer ahora de este modo:

Esquema 6:

1ª fase:		/ki/	→	/ci/
2ª fase:	/kwi/	→	/ki/	
		/ke/	→	/ce/
3ª fase:	/kwe/ → /ke/			

Por el contrario, si la palatalización hubiera sido consecuencia

(según la dirección del corrimiento reflejado en el esquema 2) de la presión de /kwi¹/ y /kwe¹/ sobre /ki/ y /ke/, respectivamente, no daría razón para justificar la diferencia cronológica entre ambos resultados ¹⁴.

4. CONSIDERACIÓN GENERAL DE LAS EVOLUCIONES Y DE SUS CAUSAS.

4.1. *Pluralidad de causas.*

Para la pérdida de *w* ante vocal palatal han quedado anteriormente expuestas (2.2.1 y 2.2.2) dos explicaciones estructuralistas que, en principio, pueden considerarse satisfactorias.

Estas dos explicaciones no resultan, sin embargo, capaces —salvo forzadas concesiones— de justificar el mismo fenómeno citado ante vocal velar (2.3.1 y 2.3.2). La pérdida de *w* tiene, pues, en principio, que atribuirse, para este último planteamiento, a una motivación diversa de la anterior. Claro está que si se considera este resultado a la luz de una pretendida o deseada uniformidad causal en la evolución de las varias combinaciones vocálicas con *kw* y *gw*, da motivo para, por lo menos, dudar de la validez de las explicaciones citadas. Pero, ¿hasta qué punto resulta metodológicamente correcto presumir o inquirir la igualdad de causa para la igualdad de efecto en los diversos grupos silábicos de *kw* y *gw* con vocales palatales y velares?

Para *kwa* tampoco cuentan las explicaciones expuestas a propósito de las vocales palatales, pues no se ha producido la evolución [ka] > [ca], ni la identificación general de /kwa/ con /ka/. Pero no hay por qué seguir en la consideración de estos fenómenos, al no haberse verificado el hecho que pretenden ilustrar, es decir, la pérdida generalizada de *w*. Luego hay que suponer para

¹⁴ La cronología absoluta de los principales fenómenos de palatalización aquí aludidos ha sido fijada en la primera mitad del siglo III por G. Straka, principalmente en su estudio *Observations sur la chronologie et les dates de quelques modifications phonétiques en roman et en français pré-littéraire*, RLR, 1953, 17, 247-307, espec. 147.

kwa unas circunstancias distintas que para *kwe*, por una parte, y, a la vez, distintas que para *kwo*, por otra.

Todo lo hasta aquí expuesto en este apartado puede formularse, más brevemente, de otro modo: la evolución de *kw*, *gw* ante *a* resulta diferente, por conservar *w* (salvo los casos recogidos en 1.2.2 y explicados en 1.8), que ante las vocales de la serie palatal y las de la serie velar. Ante estas dos series, la evolución se presenta idéntica, pero la posible causa resulta —al menos en el estado actual de conocimientos, como acaba de exponerse— diversa.

Podría suponerse que la desaparición de *w* ocurrió primero en una serie —la que fuera y por el motivo que fuera— y que desde ella se propagó a la otra serie. Probablemente esta hipótesis resulta válida para determinados casos, algunos bien atestiguados, en especial dentro de una misma familia léxica; piénsese, por ejemplo, en *coq(u)ens*, *coq(u)o*, *coq(u)us*, etc. Por tanto, como posible motivación particular sí habrá que tener presente siempre la capacidad operante de la analogía, ya comprobada en algunos resultados castellanos (cfr. 1.3.3). Pero aceptarla como hipótesis exclusiva, es decir, contentarse con obtener una causa o explicación válidas para una de las series vocálicas —el resultado hasta aquí conseguido— y suponer que su efecto se generalizó de modo analógico a la otra serie, limitaría apriorísticamente las metas de la investigación y expondría así a empobrecer y falsear la realidad.

En efecto, las causas pueden ser múltiples y eso es lo que ocurre en la cuestión debatida. Además de las explicaciones de tipo estructuralista para el caso de las vocales palatales, ya ha sido expuesto el fenómeno de desaparición de *w* ante cualquier vocal, con tal de ir la consonante velar precedida por otra cualquier consonante (cfr. 1.8). Según esto, pese a lo que hasta aquí podía suponerse, no hay que buscar causas diversas para *squillam* > *esquila*, *anguillam* > *anguila* (pérdida de *w* ante vocal palatal) que para *propinquum* > *propinco*, *languorem* > *langor* (pérdida de *w* ante vocal velar); el mismo resultado se da también en los casos, ya examinados, de *a* como vocal silábica —la condición más favorable a la conservación de *w*— si el grupo va precedido por consonante. Queda, pues, abier-

to un portillo —todas las combinaciones postconsonánticas de *kʷ*, *gʷ*— a la tendencia eliminatoria de *w*; portillo suficientemente amplio como para que pueda haber afectado, por analogía, a los casos de *kʷ*, *gʷ* intervocálicos o, al menos, cooperado en la desaparición de *w*.

Pero hay más aún. En el propio latín, reiterado en diversos momentos a través de su historia, se cumplía también otro proceso de reducción de *kʷ*¹⁵, que perdía su elemento labial ante *u* (*equus* non *ecus*; *coquus* non *cocus*, etc.). Como en este condicionamiento, a diferencia del anterior, valga decirlo, no es relevante la naturaleza del sonido precedente a la vocal velar, quiere decirse que la pérdida de *w* ocurría no sólo en los casos de *kʷ* postconsonántico, sino que también sucedía en posición intervocálica del grupo. Añádase todavía que el mismo proceso se verificaba en la combinación *kʷo* (*quottidie* > *cottidie*). Con lo cual, de todos los posibles tipos segmentales, sólo restan *kʷa*, *kʷe* y *kʷi* precedidos de vocal, como los únicos no afectados espontáneamente, dentro de las condiciones históricas del latín, por el cambio fonético que se considera.

Al observar ahora que la desaparición de *w*, en las circunstancias recién expuestas, no se producía, por tanto, ante *a*, *e*, *i* y sí solamente ante vocal velar, se vislumbra una fácil explicación de su condicionamiento, que me extraña no haber visto alegada. Las agrupaciones de *kʷ* y *gʷ* con cada uno de los tres timbres vocálicos se pueden descomponer, de modo simplificado, en las siguientes localizaciones fónicas:

kwa = velar + labial + neutro

kwe = velar + labial + palatal

kwo = velar + labial + velar

A la vista de este esquema se comprende enseguida que en una secuencia como la tercera, el segmento o rasgo labial, situado entre dos articulaciones velares, pudiera ser eliminado y así, efectivamente, ocurría.

¹⁵ La desaparición de *w* ante *u*, *o* se cumple tras cualquier sonido. Pero no estimo impropcedente particularizar, por su mayor regularidad, el caso de *k(w)*.

Por el contrario, la disposición de los elementos fónicos en la primera y segunda secuencias no presenta ninguna predisposición favorable a que se produjera la omisión de *w*. De hecho, en las agrupaciones con *a* no se ha producido. En combinación con las vocales palatales, sí; pero no puede atribuirse a condicionamiento por su contexto. De modo que, si no se estima suficiente para ello el considerable influjo —bien pudiera serlo y, al menos como concausa, no me parece acertado desconocerlo— que había de ejercer el hecho de perderse *w* en *kw* (y *gw*) postconsonántico con las mismas vocales o postconsonántico y postvocálico con las vocales velares, la motivación de dicha pérdida requiere una justificación particular.

Pues bien, tal justificación particular existe y ha sido anteriormente expuesta (2.2.1 y 2.2.2). Precisamente era la evolución de *kwe*, *kwi* (y *gwe*, *gwi*) la que contaba con una explicación que, al no ser aplicable a la serie vocálica velar, dio lugar a toda la indagación precedente. De ella se desprende que la pérdida de *w* en *kw*, *gw* ha de atribuirse a una multiplicidad de causas particulares, según los contextos fónicos en que se encuentren; con ellas habrá cooperado la analogía para igualar los resultados de las varias combinaciones contextuales.

He aquí, en una exposición sucinta, la pluralidad de causas consignadas:

En *kw*, *gw* postconsonánticos, ante cualquier vocal silábica, y en *kw*, *gw* postconsonánticos o postvocálicos, ante vocal velar, el fonetismo latino da razón para explicar la pérdida de *w*. La evolución se produce, pues, por un condicionamiento de tipo fonético que remonta al latín.

En *kw*, *gw* ante vocal palatal, la causa inmediata del cambio puede atribuirse a un proceso de transfonologización. Pero éste cuenta con una motivación fonética inicial, a saber, la palatalización de las consonantes velares en contacto con vocales palatales (cfr. 2.2.1).

En *kwa* postvocálico no concurre ninguna de las circunstancias ni condicionamientos mencionados. De ahí la conservación de *w*.

4.2. Conclusiones metodológicas.

A través del presente estudio, la consideración estructural de los diversos fenómenos evolutivos se ha revelado fructífera para su explicación. A la vez ha quedado de manifiesto que no es la estructura del sistema en cuanto tal la que motiva los cambios, aunque al mostrar su interdependencia ayude a comprenderlos mejor.

De los diversos casos examinados me limitaré a considerar aquí solamente aquel que parece más vinculado a factores estructurales.

Por el mero hecho de no contar la lengua latina con fonemas consonánticos palatales no puede pensarse que el sistema fonológico latino provocó la palatalización de /k/. Pues de ser así, del mismo modo que se palatalizó [ke], se hubiera palatalizado [ko]. Simplemente existía una estructura que permitía a las realizaciones de los fonemas del orden velar desplazarse hacia la localización palatal, sin producir colisiones, es decir, sin atentar contra las exigencias diferenciales de la comunicación¹⁶. Pero históricamente, de hecho, esa posibilidad sólo se realizó en el caso de que /k/ se combinase, para formar sílaba, con las vocales palatales (y aun habría que citar, en una consideración geográfica, las excepciones del sardo y del dalmático). Esto es, por un proceso fonético de asimilación de timbres en sonidos contiguos.

Precisamente por estar insertos los fonemas en un sistema, la economía expresiva pudo entonces reducir /kw/ a /k/. Pero queda patente que las modificaciones fonéticas examinadas no resultan consecuencia de un proceso de transfonologización, sino a la inversa: éste ocurre al producirse aquéllas.

Las innovaciones discurren ajustadas a la disposición preexistente del sistema. Puede afirmarse que se manifiestan en función de él, pero no causadas por él.

¹⁶ No me ha sido posible la consulta de V. PISANI, *Palatalizzazione osche e latine*, AGI, 1954, 39, 112-9, que las atribuye, según mis referencias, a motivaciones afectivas.

ADDENDA.

A los testimonios léxicos citados en § 1.3.3 puede añadirse el de *obliquus*, cuya descendencia, culta, documenta tanto la pérdida como la conservación de *w*, aunque sean las formas con esta característica las que se hayan impuesto.

El testimonio más antiguo que conozco es el de Alonso de Palencia (*Universal vocabulario*, 201b), *oblicos*, que figura en el artículo *idem* y no en el de *obliquus*. Virués, *Monserate* (III, 6e) emplea *oblico*. Baltasar de Alcázar (*Poesías*, ed. de F. Rodríguez Marín, Madrid, 1910) en su poesía *A Diana*, traducción de una oda de Horacio (III, 22) vierte *obliquum ictum* por *herida oblica*. *Oblico* aparece también en los diccionarios de Oudin y Franciosini; aquél recoge igualmente *Obliquo*. La misma dualidad está bien representada en Lope de Vega: *oblico*, *oblicos*, *oblicas* (dos veces); *obliquo*, *obliquos*, *oblicuas* (según C. Fernández Gómez, *Vocabulario completo de Lope de Vega*, Madrid, 1971).

Obliquas se encuentra en el comentario de Hernán Núñez a *Las trescientas* (copla 144) y luego en Nieremberg, Góngora, Huerta, etc. El *Dicc. Aut.* no recoge ya la variante *-co* y sí múltiples derivados en *-cua*.

(Enero, 1971.)

F. GONZÁLEZ-OLLÉ.
Universidad de Navarra.